

1. Catequesis: La vida es una peregrinación

Muchas veces te habrás preguntado de dónde vienes y, sobre todo, a dónde vas. Quienes hemos conocido el amor de Dios sabemos que la respuesta es la misma: todo procede de Él y se dirige a Él, a Jesús, que es la plenitud del hombre, el cumplimiento de todos nuestros deseos (¡incluso los más inconscientes!) y que nos muestra realmente quiénes somos y a qué estamos llamados. Vamos a decirlo de otro modo: la vida es el camino que recorreremos desde que somos concebidos hasta que somos llamados a la presencia de Dios el día que morimos. Dando una pequeña vuelta de tuerca, llegamos a la conclusión de que la vida es una peregrinación al Cielo.

La existencia del cristiano, si lo piensas, no es más que caminar hacia Él en los diferentes planos en que nos movemos.

En el físico, piensa qué haces para ir a Misa. ¿Acaso no es una especie de peregrinación en la que te pones en camino hasta el templo para encontrarte con la presencia del Señor? También, claro está, tenemos esas grandes peregrinaciones, como la Javierada o el Camino de Santiago, en los que paramos durante varios días el ritmo ajetreado de nuestra vida para centrarnos en el encuentro con el Señor a través de los santos, que tan buen ejemplo nos han dejado.

En lo espiritual, la vida cristiana supone un viaje maravilloso en el que vamos transformándonos por la gracia de Dios conforme pasan las diferentes etapas de nuestra vida. ¿Acaso alguna persona que haya llevado una vida de oración durante años puede decir que no ha evolucionado en su fe a lo largo de ese tiempo? ¡Es imposible! Porque el paso del tiempo nos va transformando. Piensa, por ejemplo, en la evolución interior de los apóstoles: ¿son los mismos antes o después de Pentecostés? ¡Evidentemente no! Sí, continúan pecando, continúan teniendo, como todos, que levantarse cada dos por tres, pero con la gracia del Espíritu Santo fueron transformados radicalmente. Pasan de huir en la Cruz a ser mártires. ¡Casi nada!

Seguro que tú ya has experimentado esta realidad en tu vida. Es cierto que hay un componente, entre comillas, meramente humano, que es la madurez personal, pero tampoco podemos obviar que Dios escribe en la historia con renglones torcidos y que jamás nos suelta de su mano. Es decir, que siempre está ahí, nos demos cuenta o no, intentando llevarnos a Él. Es lo que llamamos la Providencia, que podríamos definir como la visión de Dios sobre la historia. Es por eso que, para poder captarla, para poder vivirla, hemos de intentar ver las cosas como Dios las ve. La Providencia no es casualidad, sino el descubrimiento del plan de Dios escondido tras las circunstancias de nuestra vida. Por eso la Providencia se trabaja, se vive y no es algo ciego, sino algo que hay que descubrir y que sólo se puede encontrar si seguimos el rastro que el Señor nos ha dejado en la Iglesia, en la Escritura, la Tradición, el Magisterio y, cómo no, en nuestro día a día. ¡Y especialmente en el contacto con los demás! Porque lo que hacemos a los pequeños, a Él se lo hacemos.

Este vivir la vida en la presencia de Dios es lo que diferencia a un peregrino de un simple caminante. No se trata de estar permanentemente pensando en Dios, pero sí tener esa certeza de que Él jamás nos abandona y que siempre nos está mirando. Acudir a Él numerosas veces al día para pedirle algo, agradecerle lo que sea, pedir perdón, etc. Saber que está ahí. Por eso Jesús habla de que tenemos que orar en todo momento. La oración, en este sentido, es ese impulso del corazón que nos hace vivir desde Dios todas las actividades de nuestra jornada.

Este caminar 'con' y 'hacia' Jesús es la clave del peregrinaje y por eso podemos definir el peregrinar como un rezar con los pies. No caminamos a un lugar, aunque también, sino que lo que da sentido a todo es el encuentro personal con Jesucristo a través de esa realidad que nos acerca a Él. Esto se entiende fácilmente con el ejemplo del Camino de Santiago: uno recorre una serie de kilómetros, lejos de casa, con lo justo en la mochila, disfrutando del recorrido día a día. Pero ese día a día no tiene sentido si no es porque ese camino tiene un fin. Y ese fin ha sido escogido no porque sea bonito (que también), sino porque allí reposan los restos mortales de una persona que entregó su vida por Jesucristo. El encuentro con Santiago no es más que el encuentro de quien nos dice, con su vida, que debemos hacer lo propio: entregarnos a Dios. Si no

fuera así, el Apóstol Santiago habría sido un perfecto desconocido y nadie iría a venerar sus reliquias casi 2000 años después de su muerte.

Como en toda peregrinación, la vida tiene sus etapas, unas más llevaderas y otras más difíciles. Y esto es algo que tenemos que aceptar y mirar en su globalidad. Cuando uno lo pasa mal haciendo una peregrinación de muchos kilómetros a pie, aguanta porque sabe que hay un motivo y que el dolor es pasajero, que lo que perdura es la renuncia... pero sobre todo el amor. Y por eso continúa. Recuerda que hubo algo o Alguien que le impulsó a peregrinar y persevera. Nosotros tenemos que hacer lo mismo.

Precisamente porque la vida no es fácil, Jesús, desde el primer momento, previó que no camináramos solos. Es por eso que el Señor siempre mandaba a los apóstoles en parejas, para que se ayudaran y custodiaran. Y nosotros somos igual: vivimos nuestra fe en comunidad, con personas como nosotros que son apoyo, aliento y ejemplo tantas veces. Solos no vamos a ninguna parte porque nuestra naturaleza, creada y querida por Dios, nos revela que somos seres sociales por esencia.

Piensa, por ejemplo, en los primeros grandes peregrinos a Jesús, que son los Reyes Magos. Intuyeron que algo pasaba porque tenían el corazón abierto a la novedad y se pusieron en camino, sorteando, casi seguro, todo tipo de penalidades en el viaje. La más grande de todas, la maldad del rey Herodes, que, alertado por sus consejeros, andaba preocupado por la aparición de otro monarca que le hiciera sombra. Pero ellos, atentos a la voz de Dios, consiguieron llegar al fin de su peregrinar, la persona de Jesús, y regresaron a casa sorteando, de nuevo, al pobre Herodes, que entró en cólera y locura, como bien sabemos, ordenando la matanza de todos los niños menores de dos años en Belén y sus alrededores. Los Magos, seguro, se ayudaron entre sí, hablarían sobre qué hacer y no hacer, se apoyarían en otros consejeros. En definitiva, son un grandísimo ejemplo de cómo la unión hace la fuerza y nos facilita el descubrimiento del Señor.

Aquí es donde aparece la importancia, absolutamente vital, de la Iglesia en nuestro peregrinar al Cielo. Ella es la que custodia la Verdad revelada en Cristo y nos la ofrece en plenitud. La Iglesia nos va señalando la ruta a seguir y nos da la gracia para seguirla. Pero no entiendas la Iglesia como algo etéreo, sino como algo concreto, porque la presencia de la Iglesia acontece cuando hay un bautizado que vive en gracia de Dios. Esas personas que te ayudan a querer más al Señor, que te dan los consejos oportunos para ello, con los que te puedes desahogar y que son un verdadero apoyo en las dificultades de la vida. Ese es el sentido de los ministerios en la Iglesia, de hecho: servir a los hombres en el camino al Cielo. Así como, por ejemplo, en el Camino de Santiago tienes albergues donde reposar, en la gran peregrinación que es nuestra vida tenemos personas de Iglesia donde nuestro corazón puede descansar. Nos necesitamos todos a todos, eso lo sabe el Señor, y por eso siempre nos provee del amor personal.

Es muy bueno y saludable para la vida espiritual echar la vista atrás de vez en cuando y ver cómo el Señor ha ido actuando a través de terceras personas. Es algo que ensancha el corazón, nos humaniza y facilita el reconocimiento de que, en verdad, Dios es el gran peregrino que ha caminado, camina y caminará siempre al lado de todos nosotros.

Cualquier peregrinación que hagas, llámese Javierada, Lorenzada, Camino de Santiago o lo que sea, no es más que una metáfora de todo esto que acabamos de decir. Y por eso es importante vivir cada peregrinación con esta perspectiva global. Porque puede ser una grandísima oportunidad de conversión, un momento único para orientar tu vida de un modo nuevo y decisivo hacia Dios. Por eso este curso, en el que la Iglesia nos propone vivir una peregrinación a Santiago en este año santo jacobeo, te animamos a que tomes conciencia de tu vida y que puedas decir que algo ha cambiado en ti para bien.

Porque, como bien sabemos, al concluir cualquier peregrinación comienza el verdadero camino, que es el del día a día. Del mismo modo que quien vuelve de Santiago está llamado a poner en juego todo lo que el Señor le ha regalado en el Camino, quien llega a Dios está llamado a irradiarlo allá donde esté. Si el Señor te va a hacer el regalo de otra peregrinación este curso, no la desaproveches. Prepárala con tiempo, vívela con

tensión de santidad y saboréala también al terminar para que pueda dar el fruto que Dios ha pensado para ti.

¿Cómo crees que está siendo ahora mismo tu “peregrinación” en la vida? ¿Tienes clara cuál es la meta? ¿Sabes leer las señales que te indican el camino a recorrer? ¿Qué dificultades encuentras en el camino? ¿En quién te puedes apoyar para recorrerlo? ¿Crees que en tu grupo o parroquia tienes la ayuda suficiente? ¿A quién puedes ayudar tú en su camino? Al regresar a tu vida de cada día, ¿qué aspectos concretos crees que tienes que cambiar o fortalecer para recorrer el camino al que Dios te llama?